



Autoritarismo y vigilancia: frente a las distopías tecnológicas, caminemos hacia utopías sociales

SURSIENDO, COMUNICACIÓN Y CULTURA DIGITAL

Sursiendo nació en mayo del 2011 como una iniciativa para abordar la defensa de la comunalidad digital, los derechos digitales colectivos y los hackfeminismos; aportando al cambio social desde la autonomía digital. En 2015, esta organización radicada en Chiapas se conformó como asociación civil para seguir promoviendo reflexiones en torno a internet como un espacio social que posibilita un gran número de las acciones que ejercemos en la actualidad y los componentes políticos detrás de ellas, a partir del trabajo que realizan con grupos y organizaciones civiles en el sureste mexicano.

**“NO ESPERES A SER CAZADO
PARA ESCONDERTE...”**

SAMUEL BECKETT

(EN MARCUSE, 1965)

IMAGINA QUE UN GRUPO de jóvenes se moviliza en algún estado del sur de México porque no tienen acceso a realizar exámenes de admisión en una universidad o escuela. Imagina que a las y los integrantes de ese grupo movilizado reivindicando sus derechos les vigilan desde drones y desde cámaras de reconocimiento facial situadas en las calles, después los rastrean desde sus dispositivos móviles, les bloquean sus cuentas en redes o sus números de teléfono. Imagina que después de ubicarles y silenciarles son detenidos y detenidas, sufren torturas y violaciones, sin ninguna repercusión ante el gran flujo constante de información que nos rodea.

Imagina que después de pasarle esto a los y las estudiantes, le ocurre algo parecido al magisterio movilizado, a campesinos y campesinas, al sector salud inconforme, a las movilizaciones feministas, a quienes escriben en Twitter o Facebook críticas a decisiones políticas.

Parece el argumento de algún relato futurista, pero existe la posibilidad realista de que pueda ocurrir. Y de hecho, están ocurriendo sucesos parecidos. Existen las capacidades tecnológicas y, en algunos casos, la voluntad política para que estemos dando pasos hacia ese tipo de situaciones que vulneran gravemente derechos democráticos básicos, como son la libertad de expresión, el derecho de manifestación y reunión, a la crítica y la protesta, y, en definitiva, también contra el derecho a la intimidad, al trabajo, a la educación, al conocimiento, a tener una vida digna.

En Sursiendo venimos acompañando en cuidados digitales a organizaciones sociales y colectivos del sur-sureste de México desde hace ya varios años, y nos encontramos con cada vez más casos de incidentes digitales. Conocer el contexto de vigilancia global y los usos de las tecnologías digitales nos sirve para mejorar nuestras prácticas y formaciones, y en el trabajo en el entorno local nos ayuda a comprender la magnitud del problema y los retos que enfrentamos. Lo vemos como un puente que transitamos en los dos sentidos, para fortalecer las prácticas de defensoría de activistas y defensoras de derechos humanos.

La tecnología a lo largo de la historia ha servido y sirve para el crecimiento humano, pero también para ir contra las poblaciones y sus derechos, y la mayoría de las veces depende de decisiones políticas, no técnicas. Es decir, las decisiones técnicas que se toman para hacer uso de las tecnologías dependen de concepciones políticas, de formas de concebir los entornos sociales.

Un ejemplo clásico de los usos perversos de las tecnologías es el de la Alemania nazi. Cuando el partido de Hitler llegó al poder, impulsó el Ministerio de Propaganda, dirigido por Joseph Goebbels desde 1933, que tomó el control de todas las formas de comunicación de Alemania: periódicos, revistas, libros, música, cine y radio. Desde ese momento la censura a voces diferentes y el uso de las tecnologías al servicio de la propaganda se convirtió en la norma. Particular-

mente interesante es el caso de la radio, que ofrecía todas las posibilidades de ser arma de propaganda masiva, ya que era la forma más popular de informarse en aquel entonces. Consignas, criminalización, violencia verbal e intimidaciones se lanzaban de forma constante. Por si no llegaba a todo el mundo, Goebbels ideó la “radio del pueblo” (la Volksempfänger), un aparato simple y barato, que por su escasa sensibilidad impedía sintonizar emisoras extranjeras. Así, Alemania se convirtió a finales de los años treinta en el país con más radios de Europa, el 70% de los hogares contaba con uno. Y no sólo en los hogares se escuchaba la radio, también colocaron centenares de bocinas en espacios públicos para transmitir la programación. Esas bocinas se multiplicaban cuando había mítines y actos políticos, que usaban con atronadora música militar o sinfónica, y con los teatrales efectos lumínicos para acompañar los discursos. También el cine, que empezaba a cobrar popularidad, fue utilizado para la propaganda nazi.

Es un caso paradigmático, que se estudia en las facultades de comunicación, pero los hay más cercanos y más actuales. El expresidente de los Estados Unidos Donald Trump utilizó Twitter para difundir noticias falsas y generar polarización; Facebook se ha alimentado de las fake news, e influyó de forma poco ética en la elección del propio Trump; de Jair Bolsonaro, en Brasil; del referéndum para la separación del Reino Unido de la Unión Europea (Brexit), y muchos

otros casos documentados. Como decía el propio dirigente nazi Goebbels: “una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad”, y ahora los gobiernos, partidos, corporaciones y demás organismos con poder tienen los mecanismos —en forma de redes y algoritmos— para que esa mentira llegue personalizada a cada grupo o persona, y la repiten muchas veces.

Una tecnología digital personalizada que también sirve para ubicarnos, perfilarnos, escucharnos y vigilarnos. En México, hace algunos años nos sorprendió saber que la Procuraduría General de la República (PRG) y la Policía Federal (PF) tenían departamentos en los Estados de toda la República con personas encargadas de monitorear las redes sociales y dar seguimiento a personas activistas, periodistas y organizaciones y movimientos sociales del país, ya no nos sorprende.

Con los años, hemos conocido, a través de filtraciones e informes independientes, que existe vigilancia en México —y en otros países del entorno— contra voces críticas, activistas e investigadores. Además de la posibilidad de la vigilancia y el control social contra amplios sectores de la población. El reciente intento de aprobar la creación un padrón de datos personales y biométricos de todas las personas que tengan una línea telefónica apunta a esta posibilidad, que atenta contra derechos básicos.

Las herramientas tecnológicas dependen mucho de la forma en las que se usen, pero, aun así,

hay que decir que las tecnologías no son neutrales, sino que pueden estar, consciente o inconscientemente, creadas con características que generen ciertos tipos de conductas políticas, sociales y económicas. Como dice la investigadora Lila Pagola: “Las tecnologías no son inocentes, ni neutrales. Forman un todo con un programa económico y político que las promueve en algunos de sus aspectos e invisibiliza otros”. Dependen de quien las diseñe, programe, promueva, compre y utilice.

INTERNET

Pongamos por ejemplo a internet. La llamada “red de redes” de la que tanto dependemos en la actualidad es una serie de máquinas, antenas, cables y herramientas de software, que finalmente hacen que sea un conjunto descentralizado de redes de comunicación interconectadas, que lamentablemente cada vez está más concentrado en un puñado de corporaciones.

Internet nació con dinero de fondos militares. Un grupo de investigadores convenció a finales de los años sesenta al Departamento de Defensa de los Estados Unidos para crear una red descentralizada de información para que, en el caso de ocurrir un ataque soviético, no se perdiesen las comunicaciones. Así nació ARPANET, con el primer nodo creado en la Universidad de California en Los Ángeles (UCLA), y su primera conexión

con el enlace con la Universidad de Stanford. Con los años fue creciendo y siendo impulsada desde la investigación y la academia, por personas con ideales de libertad y solidaridad. Recordemos que en los Estados Unidos en los años sesenta se produjo el boom de la contracultura, de las libertades, el espíritu crítico y la experimentación, y de alguna forma se plasmó en esta red.

Pero internet se usaba y se mantenía entre cientos de personas relacionadas con las tecnologías, y no es hasta 1990 cuando comienza a extenderse la World Wide Web, lo que conocemos por “la web”, creación de Tim Berners-Lee, quien no patentó su protocolo, sino que lo ofreció libre y abierto a la sociedad. Este “simple” hecho abrió la posibilidad de hacer crecer la red hacia lugares inimaginables por ese entonces. Con los años se han ido sumando millones y millones de personas a usar la web, a navegar, intercambiar información, encontrarse, crear, expresarse, trabajar, estudiar, explorar su sexualidad, pasar su tiempo de ocio.

Un punto de inflexión se produjo en el año 2006, cuando la empresa Google compra la plataforma de videos YouTube y se lanza la red social Facebook para que pueda registrarse cualquier persona mayor de 13 años. En la efervescencia de la internet participativa, la web 2.0, estas empresas aprovecharon para posicionar sus productos e ir haciéndose con todo el pastel. Desde entonces han ido creciendo tanto que no solamente son corporaciones monopóli-

cas, sino que también tienen poder para influir en las decisiones políticas de las grandes potencias mundiales.

Así, a partir de la segunda década del siglo XXI este cambio se fue agudizando: la mitad de la población se conecta a internet, aunque sigue habiendo grandes desigualdades entre los países del norte y los del sur, entre las ciudades y el mundo rural, entre hombres, mujeres y personas de la disidencia sexual, entre jóvenes y ancianas; pero, sobre todo, uno de los cambios más decisivos ha sido el gran poder adquirido por las corporaciones tecnológicas. De la descentralización se ha pasado a la gran concentración. De la libertad que dan los sitios web se ha pasado a las aplicaciones y plataformas cerradas. Monopolios y cercamientos creados desde el Imperio GAFAM (Google, Amazon, Facebook, Apple y Microsoft), que controlan y deciden cómo nos manejamos en las redes sociales.

Incluso Berners-Lee muestra gran preocupación por la deriva que está tomando internet y en los últimos años está impulsando diversos proyectos que buscan “restaurar el poder de los usuarios en la red”, y así volver a los valores originales. En ese camino habrá que considerar que esos valores originales necesitan ser revisitados y actualizados para fortalecerlos de acuerdo con lo que hoy muchas personas y movimientos sociales consideran inclusión, atendiendo a las brechas de conectividad, género y apropiación existentes, por mencionar sólo algunas, porque

estos imperios y sus alianzas políticas basan su economía e infraestructura en la comercialización de nuestra identidad personal, de nosotros y nosotras. Es el nuevo extractivismo, el nuevo colonialismo corporativo.

No sólo existe el problema de la vigilancia, de la comercialización de nuestros datos personales, de la gran influencia política y el monopolio económico, todo ello muy grave, sino también el exponencial aumento de los residuos electrónicos y de las emisiones de gases de efecto invernadero, la extracción de materias primas para los aparatos e infraestructuras, el uso masivo de agua para enfriar los centros de datos, el inmenso consumo energético, la precarización de las condiciones laborales, más problemas de salud, polarización social y violencias machistas, racistas y clasistas en redes. Y la cada vez mayor dependencia de conexiones a internet y el uso de dispositivos electrónicos, se exacerba con el big data, la Inteligencia Artificial (AI), la robótica y, pronto, mucho más cuando se extienda el 5G y el Internet de las Cosas (IoT), internet puede llegar a ser una pesadilla.

VIGILANCIA

En 2010, la plataforma WikiLeaks publicó un video sobre crímenes de guerra del ejército de Estados Unidos en Irak y se hizo muy conocida. La viralidad de este contenido proporcionó un alta-

voz a esta organización internacional de filtraciones, que durante los siguientes años reveló documentos importantes sobre el uso que hacen de las tecnologías algunos gobiernos. Una de las filtraciones más famosas fue el llamado Cablegate, que suponía hacer públicos miles de documentos confidenciales y secretos del Departamento de Estado de los Estados Unidos, involucrando a decenas de otros países, y en los que se revelaban mensajes, informes y reportes sobre conflictos diplomáticos, espionaje a políticos, maniobras opacas y más, WikiLeaks ha sido atacada de todas las formas posibles.

En 2013, el analista estadounidense Edward Snowden, quien trabajó para diversas agencias de seguridad de Estados Unidos, reveló documentos confidenciales sobre espionaje digital, acuerdos entre corporaciones tecnológicas y el gobierno para hacer una recolección masiva de datos de la ciudadanía conectada a internet, y sus planes para aumentar esta vigilancia. Como explica Paola Ricaurte: “Las filtraciones de Snowden colocaron en la agenda política y mediática a nivel local y mundial la discusión acerca del poder del Estado y los derechos de los ciudadanos. La seguridad es el argumento que sostienen los Estados para justificar la vigilancia: un paradigma que se sitúa por encima del derecho a la privacidad”. Snowden tuvo que huir y, tras ser perseguido, se encuentra refugiado en Moscú.

En 2017, en México, diversas organizaciones sociales hicieron pública la campaña “#Gobier-

noEspía: Vigilancia sistemática a periodistas y defensores de derechos humanos en México”. En ella exponían que desde 2011 distintas agencias públicas mexicanas han gastado millones de dólares en programas de espionaje, y destacados defensores de derechos humanos, periodistas y activistas han sido afectados por ellos. Desde la Policía Federal hasta el CISEN compraron software para espiar, entre los que destacan FinFisher, DaVinci y Pegasus. Con el apoyo de Citizen Lab, de la Universidad de Toronto, se analizaron mensajes y dispositivos. Por ejemplo, el malware Pegasus, vendido por la empresa israelí NSO Group a varios gobiernos del mundo, incluido el de México, funciona contagiando el teléfono celular a través de enlaces en mensajes, dando el control del aparato y su contenido al atacante. La mayoría de los casos que se conocen de Pegasus en México corresponden a 2016 y afectaron a periodistas (como Carmen Aristegui o Javier Valdés), a investigadores (Simón Barquera, del Instituto Nacional de Salud Pública) y a activistas (Alejandro Calvillo, director de El Poder del Consumidor, Luis Encarnación, coordinador de la Coalición ContraPESO y Mario Patrón, Stephanie Brewer y Santiago Aguirre, miembros del Centro Prodh, entre otras). Se sospecha por investigaciones independientes que este malware también fue adquirido por la Secretaría de la Defensa Nacional, la Procuraduría General de la República y el Centro de Investigación y Seguridad Nacional.

Ya antes sucedieron casos en Chiapas, Veracruz, Puebla y Ciudad de México, que se sepa, de casos en que se espiaba y se encarcelaba a activistas y comunicadores críticos, como con Gustavo Maldonado, Héctor Bautista o las iniciativas #OP5 Puebla y 1dmx.org; pero el caso de #GobiernoEspía es un salto cualitativo y cuantitativo, por usar software sofisticado que infecta al dispositivo, que es más rápido y eficaz, además de ilegítimo y violatorio de más derechos básicos.

Son ejemplos que se han ido conociendo. Muchos casos quedan aún en la oscuridad, sin ser hechos públicos. Y vemos alianzas público-privadas, de empresas del sector tecnológico y de la cibervigilancia con gobiernos nacionales, estatales o locales. Al día de hoy, la forma en la que la ciudadanía puede conocer el uso de este tipo de software vigilancia es por medio de filtraciones. En la mayoría de los casos, el Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales (INAI) se niega a entregar este tipo de información aludiendo cuestiones de seguridad nacional.

Miramos con preocupación la deriva que esta situación toma de forma acelerada, ¿será que el tan criticado sistema de vigilancia chino es en realidad un horizonte deseado por nuestros gobiernos? El gobierno chino ha desarrollado una política de vigilancia que convierte al país asiático en una dictadura digital, con casi una cámara de vigilancia con reconocimiento facial por cada dos habitantes (600 millones repartidas por todo

el territorio), software de última generación, ejército especializado, y el ya famoso sistema de crédito social, que sanciona gravemente a millones de personas por no ser “buenas ciudadanas”, basándose para su calificación en información que recoge del espionaje digital. Este mismo gobierno chino está invirtiendo millones de dólares en exportar su sistema a otros países, y ya hay algunos interesados.

Sin duda, esto es una distopía, cada vez más cercana, ¿ya vivimos en ella?, ¿podemos avanzar hacia una utopía? Distopía y utopía, dos palabras que tienen una raíz común, pero son opuestas. Una utopía se puede entender como la “representación imaginativa de una sociedad futura de características favorecedoras del bien humano”, según las definiciones oficiales. Y una distopía, por el contrario, es “una sociedad ficticia indeseable en sí misma”, una “utopía negativa”. Muchas autoras y autores plantean que vamos hacia una distopía por culpa de las tecnologías, algo que la cultura popular también se encarga de imaginar. Recordemos las películas *Matrix*, *Blade Runner* y *V de Vendetta*, las novelas *1984* de George Orwell, *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury y *The Hunger Games* de Suzanne Collins, o la serie *Black Mirror*; son sólo algunos ejemplos de cientos de obras, pasemos a desarrollarlas.

Las distopías han servido a lo largo de la historia del arte para ser advertencias o sátiras de las tendencias presentes, imaginadas hasta sus consecuencias más extremas. Son el llamado de los peligros de perder valores esenciales: libertad, solidaridad, convivencia.

Los ejemplos tecnológicos abundan, además de los más populares que señalábamos antes. Siempre han ido de la mano el autoritarismo y el espionaje a la población. Ejemplos hay cientos en los últimos dos mil años, pero regresemos a Alemania, esta vez a la República Democrática Alemana (RDA), creada tras la Segunda Guerra Mundial. La Stasi, el órgano del servicio secreto de la RDA, es recordada por tener métodos de espionaje muy sofisticados, y mano dura contra las y los disidentes. *La vida de los otros*, muy buena película de 2006, que basándose en casos reales nos muestra cómo en 1984 un agente de la Stasi espía la casa de una familia de artistas por sus opiniones contra el gobierno.

Con las tecnologías en el siglo XXI, hemos vivido situaciones similares, con el añadido de las posibilidades que brinda lo digital: mayor alcance, mayor número, mayor invisibilidad, mayor velocidad y mayor sofisticación.

En México, como en la mayoría de los países, los casos del software espía y las alianzas público-privadas dan cuenta de lo que explicaban

hace unos años Javier de Rivera y Ángel Gordo: “En las primeras etapas de este fenómeno de informatización, celebramos los avances técnicos, las comunidades y nuevas opciones que traían: eliminando barreras a la comunicación social, estimulando a los movimientos sociales, fomentando la difusión del conocimiento, etcétera. Sin embargo, cada vez son más patentes los peligros y las amenazas detrás de esta hiperdigitalización del medio social, que se produce bajo las condiciones del tecnocapitalismo del siglo XXI”. Las prácticas de las tecnológicas actuales responden al modelo disciplinario y las sociedades de control que teorizaba el filósofo Deleuze, con la referencia al panóptico foucaultiano, es decir, la posibilidad de ser vigilados en todo momento —y de forma retroactiva— gracias a los rastros digitales de nuestra actividad, sin que podamos, en ningún momento, darnos cuenta de cuándo y qué está siendo mirado, principal característica de la vigilancia electrónica; pero esta ya no busca solamente “disciplinar” los cuerpos en instituciones cerradas, sino “modelar” las actitudes a través de la estructura del sistema tecnológico.

Actitudes, expresiones, decisiones, opiniones, consumo, sueños que cuando son sociales pueden ser hechos predicciones y pueden ser condicionadas a través del big data. Este concepto comprende el desarrollo de sistemas de recopilación, gestión y procesamiento de cantidades enormes de datos que exceden la capacidad del software de hace pocos años. No se refiere ex-

clusivamente al volumen, sino también a la variedad y a la velocidad con la que estos datos pueden ser cruzados, representados y convertidos en información. Sectores empresariales de todo tipo y administraciones públicas ya han puesto sus ojos en esta tecnología como herramienta de gestión social a través del tratamiento de la información personal. En 2014, un informe encargado por la Casa Blanca concluye que, gracias a sus facultades para el rastreo a discreción, la publicidad dirigida o la predicción del comportamiento a partir de la huella digital, un nuevo poder está emergiendo alrededor del big data, y señala cómo está llamado a cambiar la manera en que nos comunicamos, trabajamos y vivimos en un entorno en el que la recolección de datos es cada vez más ubicua, multidimensional y permanente.

Cuando escuchamos la frase: “No importa que me espíen, no tengo nada que esconder”, se cae en el error de no darse cuenta de que un poder que tenga acceso a toda información puede elegir a quién perseguir, cuándo y por qué. Y puede haber muchos intereses en juego, porque a la vigilancia “tradicional” que han vivido las organizaciones de derechos humanos, por parte de instancias públicas, empresas y delincuencia organizada —como recogimos en un informe de 2017— se suma ahora la vigilancia digital mediante dispositivos y redes sociales, junto al aumento de ataques phishing, ransomware y malware, suplantación de antenas para interceptar

información, apagones de señal, clonación de tarjetas, etcétera.

_____ UTOPIA TECNOLÓGICA

La palabra utopía casi siempre va en sintonía con las palabras liberación y equidad. Las utopías surgen en la Europa del siglo XV, a partir de Tomás Moro, con relatos sobre sociedades que funcionan bien, donde hay altos grados de felicidad. Suelen tener el objetivo de criticar el estado actual de las cosas, proponiendo cambios para obtener mejores resultados, señalando las desigualdades sociales que existen. Buscan mostrar el disfrute de los bienes comunes con equidad, por encima del individualismo. Y como podemos encontrar en la Wikipedia: aparece la crítica social “pero, a diferencia de las narraciones moralizantes o las sátiras, se propone una alternativa en la forma de una comunidad imaginada, la cual se ubica en los límites del espacio habitado”.

En el mundo tecnodigital encontramos experiencias reconocidas que han buscado y siguen buscando la utopía. Hacemos un repaso rápido a algunas de ellas, que han inspirado a Sursiendo en nuestra trayectoria.

El software libre primero fue un gesto que después se convirtió en movimiento social. De la necesidad de adaptar un aparato a unas características concretas se ha pasado al fomento masivo de obtener y garantizar las libertades que permi-

ten a las personas usuarias de software el ejecutarlo, estudiarlo, cambiarlo y redistribuir copias del mismo con o sin cambios. Son las cuatro libertades del software libre, que se basa en tradiciones y filosofías de la cultura hacker y el mundo académico de los años setenta. Transparentar, compartir, colaborar, apasionarse y publicar son verbos que se conjugan en este movimiento, tan importante para que aún haya utopías tecnológicas. El movimiento copyleft nace con los aprendizajes del software libre, pero aplicado a licencias de obras y contenidos, contrario a la propiedad intelectual restrictiva. Liberar, compartir, adaptar, reparar están presentes en las posibilidades del copyleft, el inverso del copyright. Conformado por gente diversa, este movimiento quiere que todo el mundo tenga acceso a la cultura y el conocimiento, muy importante para habitar internet de formas no impuestas.

El movimiento zapatista se dio a conocer el 1 de enero de 1994 e influyó en diversos movimientos a lo largo del planeta y de las décadas posteriores. Llegó a muchos rincones gracias a sus postulados políticos y sociales, y también porque fue el primer movimiento que hizo activismo en internet. El EZLN en 1996 colocó el conflicto en el ciberespacio obteniendo apoyo internacional para su lucha. Lowy señala que para luchar de manera eficaz contra el “sistema” es preciso actuar simultáneamente en tres niveles: local, nacional y mundial. Para este autor, el EZLN es un buen ejemplo de esta dialéctica: en-

raizado en las comunidades indígenas de Chiapas, en lucha al mismo tiempo contra la dominación sobre la nación mexicana y contra la hegemonía del neoliberalismo. Así, el zapatismo utilizó la red para difundir su mensaje y mantener conversaciones con cientos de actores sociales de todo el mundo, siendo la primera vez que un movimiento político lo utilizaba de forma masiva para comunicarse con personas y grupos de diversas geografías, es decir, dando un uso político alternativo a la red.

El zapatismo es un claro referente para los movimientos altermundistas de finales del siglo XX y principios del XXI, con las vistosas y multitudinarias contracumbres allá donde se celebraban los encuentros de las instituciones del capitalismo (OMC, FMI, Banco Mundial), para impugnarlo, enfrentarlo, pararlo. Porque otros mundos son posibles, sin tanta desigualdad, individualismo, despojo y violencia. Desde ese movimiento nació Indymedia, también llamado Independent Media Center, que tenía como lema: “No odies a los medios, sé los medios”, y tomaba las redes digitales para ofrecer una plataforma de información ciudadana, crítica y desde lo local. Fue el producto de la alianza entre activistas tecnológicos y activistas mediáticos, que empiezan a trabajar conjuntamente a finales de la década de los noventa, simbolizando el acceso de los movimientos sociales en internet. Una plataforma que se extendió por decenas de ciudades, cuando no existían las redes sociales

ni las de mensajería, que fue de utilidad para la comunicación de los movimientos, desde la horizontalidad, la apertura y la colaboración.

Dando un salto de casi una década, encontramos la Primavera árabe, el 15M, el Movimiento Occupy, #YoSoy132 o Nuit Debout, que conforman un movimiento global de indignación por el manejo político de las crisis previas e injusticias sociales que conllevaron. Fueron movilizaciones espontáneas y heterogéneas, ocupando espacios públicos, convocadas a través de las redes sociales. Miles de jóvenes expresando su palabra, sobre todo a través de los dispositivos digitales, creando narrativas, criticando formas discriminatorias, desiguales y verticalistas de los representantes del capitalismo en la tierra: partidos políticos, organismos sociales, corporaciones empresariales; pero estos movimientos no se quedan en la denuncia o la crítica, ni tampoco imitan en espejo aquello que desafían, sino que abren espacios para experimentar otros modos de organización y otras relaciones humanas, espacios donde vivir una democracia real.

Hemos recogido en otros textos, mencionando afectos, territorios y resistencias en relación a la tecnología digital, varios ejemplos más de experiencias y propuestas que abonan a la construcción de otro tipo de habitar las redes digitales. Desde los hackfeminismos, los servidores autónomos, las redes de telecomunicaciones libres comunitarias, las redes sociales distribuidas y federadas o las plataformas de servicios digita-

les alternativos, hasta repositorios y páginas web de aprendizajes de uso de herramientas más seguras y libres.

Todos estos ejemplos tienen relación con habitar internet de otra forma a la que nos intentan imponer. Invitan a imaginar otras formas de relacionarnos (dentro y fuera de las redes), nuevas narrativas más allá del individualismo y el consumo; buscan fomentar y practicar la cultura del cuidado, frente a la cultura de la seguridad y el miedo.

Y estamos viendo cómo grandes organizaciones de Latinoamérica, como la CLOC-Vía Campesina, el Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST) o redes de educadores y educadoras populares, se están interesando en formarse en habilidades digitales, porque entienden que se necesita dar esa batalla también. Y pensamos que las decenas de talleres, pláticas, foros y plataformas que han tratado el tema de los cuidados digitales con organizaciones y movimientos sociales han ido creando un poso que finalmente está ahí, que va creando conciencia y habilidades. Quizás en unos años, muchos millones de jóvenes —y no tan jóvenes— estén ocupando las redes digitales al margen de las corporaciones para construir otras formas de habitar internet, de usar los dispositivos, de gestionar infraestructuras autónomas, el entorno tecnológico va a formar parte importante en la transición a esas utopías.

Nadie se imaginaba hace 15 años que íbamos a aceptar tranquilamente tener un aparato casi constantemente pegado al cuerpo con más de diez sensores prendidos constantemente que dan cuenta de nuestra ubicación, nuestros datos y nuestro entorno social, pero así es. A esto se suma la multiplicación de cámaras de reconocimiento facial, manejadas por algoritmos creados por empresas privadas, un software con una intencionalidad y muchas falencias.

Como dice Paola Ricaurte: “La tecnovigilancia sistemática, permanente y total constituye un hecho innegable que promueve y requiere formas de resistencia civil multivariadas”. Quizás empecemos a exigir herramientas que hagan lo que queremos que hagan y no hagan lo que no queremos que hagan; o crearlas, porque el tema de la privacidad y los cuidados digitales es algo colectivo, y por lo tanto político: hagamos política entonces; pero, como explica Gary Marx, probablemente es más preciso concebir el fenómeno de la vigilancia y sus resistencias como procesos complejos e interactivos cuyas dinámicas varían en función del tipo de actores y las relaciones de poder que se analicen. Como puede ser que asumir la naturaleza vigilante del big data en un sentido único “arriba-abajo” sería incongruente con las iniciativas de control ciudadano “abajo-arriba” que también existen. Apo-

yemos estas, creemos más, prestemos atención. Necesitamos tecnologías al servicio de las personas para acompañarnos a ser más humanas y sociales. Dando importancia a los procesos, a los afectos y no dejar que nos alejen de nuestros cuerpos, de nuestros círculos sociales, de nuestros territorios, de nuestro entorno. Necesitamos habitar las redes digitales de forma más sana, equitativa, colaborativa, creativa, frente a las distopías que construyen otros. Imaginemos estas utopías y otras, caminemos hacia ellas.

REFERENCIAS

- Azam, A. y Perlroth, N. (2017). “‘Somos los nuevos enemigos del Estado’: el espionaje a activistas y periodistas en México”. *New York Times*. Disponible en <https://www.nytimes.com/es/2017/06/19/mexico-pegasus-nso-group-espionaje/>
- Dans, E. (2021). *Populismo y redes sociales*. Disponible en <https://www.enriquedans.com/2021/06/populismo-y-redes-sociales.html>
- Lado B. (2017). *Promotores del impuesto al refresco, espionados con malware gubernamental*. Disponible en <https://ladobe.com.mx/2017/02/destapa-la-vigilancia-promotores-del-impuesto-al-refresco-espionados-malware-gubernamental/>
- Louvet, S. (2019). *Gran Hermano: la vigilancia mundial*. Francia: Arte France & Capa Presse. Documental disponible en <https://archive.org/details/vigilancia-mundial-documental>

- Red en Defensa de los Derechos Digitales (R3D). (2017). *Gobierno Espía. Vigilancia sistemática a periodistas y defensores de derechos humanos en México*. Disponible en <https://r3d.mx/2017/06/19/gobierno-espia>
- Sursiendo. (2015). *Razones para habitar internet*. Disponible en: <https://sursiendo.org/2015/02/razones-para-habitar-internet/>
- Sursiendo. (2019). *Informe Investigación sobre seguridad digital con organizaciones sociales de Chiapas*. Disponible en <https://sursiendo.org/2019/01/informe-investigacion-sobre-seguridad-digital-con-organizaciones-sociales-de-chiapas/>
- Sursiendo. (2019). *¿Territorio internet? Espacios, afectividades y comunidades*. Disponible en <https://sursiendo.org/2019/03/territorio-internet-espacios-afectividades-y-comunidades/>
- Sursiendo. (2019). *Resumen vigilancia digital en México*. Disponible en <https://sursiendo.org/2019/05/vigilancia-digital-en-mexico/>
- Sursiendo. (2021). *Imaginar un principio feminista para internet que ponga en el centro la justicia ambiental*. Disponible en <https://sursiendo.org/2021/06/imaginar-un-principio-feminista-para-internet-que-ponga-en-el-centro-la-justicia-ambiental/>
- Teknokultura. (2014). *Revista de Cultura Digital y Movimientos Sociales*. Vol. 11. Núm. 2. Dedicado a "Vigilancia global y formas de resistencia". Disponible en: <https://revistas.ucm.es/index.php/TEKN/issue/view/2712>